

## «*Ordinavit in me caritatem*» (Ct 2, 4)

Contexto, texto y comentario en los Sermones sobre el Cantar de los Cantares de san Bernardo de Claraval (49,5-8 y 50, 1-8)

*Daniel Watt*

*Profesor invitado del Instituto Superior de Ciencias Religiosas del Ateneo Pontificio Regina Apostolorum.*

### Introducción

Nuestro tema el «orden del amor» se encuentra explicitado en el primer poema del Cantar de los Cantares, en el «Diálogo de la esposa y del esposo» (1,5-2,7), quizás cantado en el primer día de siete del banquete nupcial, y nos centraremos en el versículo 4 del segundo capítulo: «ha ordenado en mi el amor».

La riqueza de la temática, además siendo Palabra de Dios, es insondable. Los santos Padres han dado buen cuenta de ello y sin duda san Bernardo, amante de la Tradición, los conoció y asumió, especialmente a san Agustín:

Nos ha enseñado lo que está escrito en el Cantar de los Cantares, al decir la Iglesia: Ordenad en mí el amor. ¿Qué significa Ordenad en mí el amor? Estableced un orden y dad a cada uno lo que se le debe. No sometáis lo que va delante a lo que va detrás. Amad a los padres, pero anteponed a Dios. Fíjate en la madre de los Macabeos: Hijos -dice-, no sé cómo aparecis-teis en mi seno. Pude concebirlos y daros a luz; formarlos no pude. Luego escuchadle a él, anteponedle a mí, no os importe el que me quede sin vosotros. Se lo indicó, la obedecieron. Lo que la madre enseñó a los hijos, eso enseñaba nuestro Señor Jesucristo a aquel al que decía: Sígueme<sup>1</sup>.

El autor se inspira pues en las grandes fontanas tradicionales, los padres de la Iglesia<sup>2</sup>; y en modo particular en Orígenes<sup>3</sup>, pues «los comenta-

---

<sup>1</sup> SAN AGUSTÍN, *Sermón* 100, 2

<sup>2</sup> El comentario más antiguo que nos ha llegado, se trata de algunos fragmentos que abarcan los tres primeros capítulos, fue obra de san Hipólito de Roma. Nos centraremos en Orígenes que comentó poco más que los dos primeros capítulos. Después a un siglo y medio de Orígenes quince homilías de san Gregorio de Nisa, cuyo comentario se extiende hasta el sexto capítulo. San Gregorio Magno escribió dos homilías que contienen un comentario a los primeros ocho versículos y san Beda el Venerable una explicación continua en cinco libros que cubre la mayor parte de los ocho capítulos, por citar algunos

rios bíblicos de Orígenes emparentaban con la literatura monástica; respondían a esa necesidad de interioridad que fuera especialmente sentida en los ambientes monásticos»<sup>4</sup>. Nos detendremos en este gran amante de la Sagrada Escritura para beber con él, como lo hizo san Bernardo, el agua pura del conocimiento de Dios.

En su propio y personal comentario, tiende a subrayar la relación personal entre Dios y el alma, y la búsqueda de la unión espiritual-mística con Cristo, comunicando una experiencia afectiva destinada a conmover y despertar al amor.

Comenta no todo el texto, sino una parte y selectivamente, en función de lo que quería transmitir, y de la recepción que hallara en sus oyentes, pues siendo un poema de amor y de deseo, la posesión del bien definitivamente se pospone en el tiempo.

Metodológicamente procedemos en la exposición primero leyendo el contexto bíblico; después meditando el texto de la mano de Orígenes; y finalmente contemplando el tema del orden del amor de labios del mismo san Bernardo como lo transmitió a sus hermanos los monjes.

## 1. El contexto bíblico en el Cantar de los Cantares (1,12-2,7)<sup>5</sup>

El primer poema se articula de varias maneras: intervenciones de la esposa (1,5-7), del coro (1,8), del esposo (1,9-11) y en un vivaz dueto final (1,12-2,7). Allí el esposo y la esposa se comparan con una pareja real, pero es en su belleza y en la embriaguez de su gozo donde se concentra el poeta.

El esposo, que antes era presentado como pastor, ahora es llamado enfáticamente rey por su amada, exactamente como ésta, antes pastora, es presentada como reina o princesa ataviada con los más ostentosos adornos. La imaginación del poeta juega con todos los símiles y situaciones según convenga a sus efusiones líricas. Ahora el esposo-rey está sentado en su diván de palacio, como antes aparecía en las majadas de los pastores; y la esposa se acerca trémula rezumando perfumes exquisitos. Cuando ya lo tiene en sus brazos, le parece sentir el aroma balsámico de la mirra, goma

---

ejemplos (Cf. J. ROBERT WRIGHT, *La Biblia comentada por los Padres de la Iglesia*. Antiguo testamento 10. Cantar de los Cantares, 38-41).

<sup>3</sup> Cf. H. DE LUBAC, *Esegesi medievale II*, Jaca Book, 221-252.

<sup>4</sup> J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana. Iniciación a los autores monásticos medievales*, 122.

<sup>5</sup> Cf. G. RAVASI, *El Cantar de los cantares*, 53-65 (el autor maneja la Nova Vulgata del Vaticano (1979)).

resinosa que exhala un perfume fuerte (en la antigüedad, las doncellas de alcornia llevaban colgando del cuello, entre sus pechos, una bolsita de plantas aromáticas, que exhalaban su fragancia constantemente). Para la esposa, su amado es esta bolsita de mirra que perfuma su cuerpo de un modo permanente. Es también un racimito de alheña de las viñas de Engadí (localidad famosa en la orilla occidental del mar Muerto). El poeta nombra esta localidad haciéndose eco de la feracidad legendaria de esta región, como antes había mencionado el cortejo del faraón, sin que hayamos de encontrar alusiones especiales históricas. La alheña, en forma de racimos olorosos, debía de ser famosa en aquella región.

A las metáforas exóticas e insinuantes de la esposa contesta el esposo declarando ingenuamente la belleza de su amada: sus ojos son palomas. La mirada dulce y encantadora de la paloma es el mejor reflejo de la cándida y extasiada mirada de la esposa. Esta responde proclamando la desbordante hermosura de su amado y aludiendo a la cámara nupcial, donde se había de consumir el amor marital: nuestro pabellón verdeguea ya.

El poeta juega aquí con dos símiles, conforme a las dos situaciones ya descritas. Los esposos habían sido presentados primero como pastores vagando con sus rebaños por la salvaje campiña, y después como personajes regios. Siguiendo el primer símil, la esposa, contentándose con lo más humilde, habla de un pabellón silvestre, hecho de ramas verdes, en el que se disponen a pasar la noche: nuestro pabellón verdeguea ya. Pero el esposo, insensiblemente, jugando con el supuesto de su calidad de personaje de estirpe regia, habla de su palacio, cuyas vigas son de cedro, y los artesanos de ciprés, justamente como era el famoso palacio de Salomón.

De nuevo se suceden los requiebros amorosos con metáforas campesinas. La esposa se presenta modestamente como un narciso de la llanura de Sarón, en la costa palestina al norte de Hafa, y como un simple lirio de los valles. Pero el esposo, recogiendo esta modesta metáfora, hace resaltar que el lirio es algo grande en medio de los cardos. Es el caso de su amada en comparación con las doncellas que forman su cortejo de honor. La delicada insinuación del esposo encuentra réplica inmediata en los labios de la esposa: su amado se destaca como un manzano entre los árboles silvestres. La mención del manzano puede entenderse como símbolo de los árboles frutales, de un valor incomparablemente superior al de los arbustos silvestres que brotan espontáneamente por doquier. Frente a la esterilidad de éstos está la utilidad del manzano, cuyo valor queda así realzado en medio de aquéllos.

El esposo sobresale en valor entre los mancebos que le rodean como el manzano entre los arbustos silvestres. El árbol ofrece rico fruto y generosa sombra al viandante. La esposa, jugando con el mismo símil, declara su felicidad al poder descansar a la sombra de su amado y gustar de su exquisito fruto. La mutua posesión de los esposos:

Esposa. 4 Me ha introducido en la sala del festín, y la bandera que contra mí alzó es (bandera de) amor. 5 Confortadme con pasas, reanimadme con manzanas, que desfallezco de amor. 6 Está su izquierda bajo mi cabeza y su diestra me abraza. Esposo. 7 Os conjuro, hijas de Jerusalén, por las gacelas y ciervos del campo que no despertéis ni inquietéis a la amada hasta que ella quiera (Ct. 2, 4-7).

El poeta cambia de marco: si antes presentaba a la esposa a la sombra del manzano en el campo; ahora, jugando con su calidad de reina, la lleva al palacio real, donde es introducida en la sala del festín, donde se ha de reñir una batalla de amor entre los esposos. Ambos se enfrentan como dos ejércitos en orden de combate, y la bandera o lábaro que preside la lucha es el amor. En estas justas amorosas, la esposa es la primera vencida, como era de esperar. Al encontrarse a solas frente a su amado, se siente desfallecer, y aparatosamente pide auxilio a sus acompañantes para no morir de amor: «Confortadme...» (los pasteles de pasas y la mermelada de manzanas eran considerados como nutrientes reconfortantes en la medicina casera de la antigüedad, por eso, la esposa las reclama con urgencia).

Ante la llamada angustiada de la esposa, que se desploma desfallecida, acude el esposo, que la abraza amorosamente. Agradece el gesto que anhelaba: su izquierda está bajo mi cabeza y su diestra me abraza. Insensiblemente cae en un éxtasis de amor. Dormida en los brazos de su amado, ha encontrado la felicidad: las inquietudes, los anhelos angustiosos, han encontrado su resultado en la plena posesión amorosa.

El esposo no quiere interrumpir esta felicidad de su amada, y así pide a los circunstanciales que no inquieten el dulce sueño de su esposa. Sus conjuros están llenos de fresco lirismo primitivista. Las gacelas y los ciervos son el adorno de la estepa, y han servido, por su gracilidad y esbeltez, de símbolo de la belleza y la gracia femenina en la poesía de todos los pueblos de la antigüedad. El hagiógrafo los utiliza, pues, en este sentido insinuante en el momento más solemne de su primer poema, cuando se ha consumado en un abrazo el amor de los dos esposos.

## **2. La lectio divina del texto ayudados por Orígenes. Ordenad en mí el amor (2,4)**

Orígenes, con gran claridad expositiva, enseña el orden y la medida del amor según la regla del Evangelio:

La fuerza del amor es ciertamente una sola pero que, sin embargo, hay muchas causas y muchos modos de amar, y por eso ahora la esposa dice: Ordenad en mí el amor, esto es, enseñadme las diversas reglas del amor.

En relación al orden primero, y con mucho, el amor a Dios, después al prójimo y finalmente al enemigo:

En amar a Dios, no hay límite ni medida, sino ésta sola: que le des todo cuanto tienes; efectivamente, en Cristo Jesús hay que amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todas las fuerzas: por eso en este amor no hay medida ninguna. En el amor al prójimo hay cierta medida: Amarás —dice— a tu prójimo como a ti mismo. Por eso, si en el amor a Dios haces menos de lo que puedes y de lo que dan de sí tus fuerzas, o si entre ti y tú prójimo no mantienes la igualdad, sino que haces alguna distinción, entonces el amor no está ordenado en ti, pues ni siquiera guarda su propia norma.

En relación a la medida, a Dios sin medida, a los prójimos dependiendo de la honorabilidad y nobleza, e igualmente a los enemigos más en los perfectos y menos en los poco santos:

Tengo un enemigo que, en lo demás, se porta bien, es honesto y sobrio, y cumple los mandamientos de Dios en su mayor parte, aunque, como hombre, yerra en algo; y tenemos otro que también es enemigo nuestro, ciertamente, pero además es enemigo de su alma y de su vida, pronto para el crimen, rápido en la infamia, y que a nadie considera digno de veneración y respeto: ¿no te parece también que entre ambos enemigos el amor tiene que hacer cierta distinción?

Parece asociar, como regla, la medida del amor al mérito de cada uno. San Pablo, que ha guiado estas reflexiones, le ofrece el ejemplo para aplicar lo dicho a las mujeres, esposas, madres y hermanas; y así también los hombres, esposos, padres, hermanos y parientes.

El ejemplo para confirmarle, cuánto va diciendo hasta ahora, lo encuentra en Dios mismo que ama a todos, no aborrece nada, pero según la medida de los méritos de cada uno: «(...) Con todo, no por eso amó lo mismo a los egipcios y a los hebreos, al Faraón y a Moisés y a Aarón. Como tampoco amó por igual a los demás israelitas que a Moisés, a Aarón y a María, ni amó a Aarón y a María como amó a Moisés».

Como para hacernos entender mejor el amor pone el contrapeso del odio:

Yo seré enemigo para tus enemigos y adversario para tus adversarios, y además: ¿Al impío das ayuda y eres amigo del que aborrece al Señor? Estos pasajes tienen la misma solución que presentan aquellos dos que dicen: Honra a tu padre y a tu madre, y también: El que no odia a su padre, etc. realmente, la sobreabundancia de amor a Dios parece generar el afecto contrario en aquellos que se le oponen, pues no puede haber concordia entre la luz y las tinieblas, entre Cristo y Belial, ni tener el fiel parte con el infiel.

La esposa (la Iglesia o el alma que tiende a la perfección) previamente ha recibido la gracia del amor:

(...) Había aprendido que el amor era lo más grande y lo único que nunca deja de ser: por eso ahora pide que la enseñen el orden del amor, no sea que, si por acaso hace algo desordenado, reciba del amor alguna herida, como luego dice: Estoy herida de amor.

San Jerónimo, agudo conocedor de la Escritura, considera el Comentario al Cantar como la obra maestra de Orígenes: observando que, si bien con sus otras obras Orígenes superó a todos los demás, con el Comentario al Cantar, se superó así mismo. Nos han llegado de Orígenes dos homilías y un comentario sobre el Cantar de los Cantares, ambos escritos en Cesarea Marítima, inspirados en las ideas de los filósofos. No poseemos el original griego pero san Jerónimo lo salvó traduciendo al latín las dos homilías y Rufino de Aquileia tradujo la parte preliminar del comentario, hasta el Cant. 2,15, distribuyéndolo en cuatro libros, a los que afortunadamente antepuso la traducción del extenso e importante prólogo.

En el prólogo se expone algo sobre el tema del amor: el alma cuyo deseo todo es de estar unida al Verbo de Dios y de penetrar en los misterio de su sabiduría y ciencia, como en la habitación nupcial del Esposo celeste; el orden de los libros de Salomón; la intitulación del tercero; y la manera es que fue compuesto, a guisa de drama, según parece, y como pieza teatral que se suele representar en escena con mutación de personajes. En el prólogo tenemos desarrollada la teoría de las tres vías de la vida espiritual:

En primer lugar intentemos indagar cuidadosamente qué significado pueda tener el hecho de que, habiendo recibido la Iglesia de Dios tres libros escritos por Salomón, se ponga como primero de ellos el libro de los Proverbios, segundo el que llamamos Eclesiastés, y sólo en tercer lugar el Cantar de los Cantares. Lo que a mí se me ocurre sobre este particular es lo si-

guiente. Las ciencias generales por las que se llega al conocimiento de las cosas son tres, que los griegos llamaron ética, física y teórica y que nosotros podemos denominar moral, natural y contemplativa. (...) Por consiguiente Salomón, puesto que quería distinguir y separar entre ellas a estas tres ciencias que más arriba dijimos ser generales, esto es, la moral, la natural y la contemplativa, las dio a conocer en tres libros, dispuestos separadamente por su orden lógico. Así pues, primero enseñó en los Proverbios la doctrina moral, redactando las normas de vida en breves y sucintas sentencias, como era del caso. La segunda ciencia, la que se llama natural, la expuso en el Eclesiastés, en el cual, discurriendo largamente sobre temas naturales y distinguiendo lo inútil y vano de lo útil y necesario, exhorta a abandonar la vanidad y a buscar lo que es útil y recto. La cuestión contemplativa la enseñó en el presente libro que tenemos entre manos, esto es, en el Cantar de los Cantares donde, bajo la figura de la esposa y del esposo, despierta en el alma el amor de las cosas divinas y enseña que se ha de llegar a la unión con Dios por los caminos del amor.

*Según Jean Daniélou:*

Este texto es fundamental en la historia de la espiritualidad. Nos encontramos de hecho con la exposición de las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva. Observaremos lo que Orígenes dice de la segunda, que es particularmente interesante: esa consiste en formarse un verdadero juicio sobre las cosas, quiere decir en comprende la nulidad de las cosas temporales y que sólo el mundo espiritual es real. Se trata de desprenderse de las ilusiones del mundo y de apegarse a las realidades verdaderas. Una vez establecida esta convicción en el alma, esta puede entrar en el camino de la contemplación de las cosas divinas. Es de notar también el paralelismo entre los tres caminos y los tres libros sapienciales. También Orígenes, inspirándose en Filón, las une a los tres patriarcas: Abrahán, Isaac y Jacob. Abrahán significa la obediencia a los mandamientos, Isaac la filosofía natural y Jacob la contemplación a causa del nombre de Israel. En el Comentario a los Números estas tres categorías son representadas de los israelitas, los levitas y los sacerdotes, lo cual viene de Filón; en el Cantico son figurados por las concubinas, las niñas y la esposa. Ellas corresponden a los principiantes, los avanzados y los perfectos<sup>6</sup>.

---

<sup>6</sup> J. DANIELOU, *Origene. Il Genio del Cristianesimo*, 359.

El Cantico corresponde a la tercera vía y es el poema del amor espiritual. La interpretación literal tiene un valor introductorio y una vez bien establecidos los caracteres del texto introduce la interpretación espiritual con el acostumbrado método alegórico, desarrollándola con muy distinta amplitud. Dicha interpretación se lleva a cabo sistemáticamente en dos líneas que se cruzan de muchos modos, pero que en conjunto permanecen bien diferentes:

En el Comentario al Cantar, Orígenes comienza con una breve explicación literal de cada versículo, en el marco de ese drama de amor que es, según él, este poema. Luego, en la mayoría de los casos, empezando ya por la Iglesia-Esposa, ya por el alma-esposa y continuando con el aspecto que no había tratado primero, explica ordenadamente el versículo en cada perspectiva. A esto hay que hacer algunas excepciones: algunos versículos son interpretados solamente según una de las dos acepciones; en otros casos están más o menos mezclados y el paso de una a otra se hace sin transición, mientras que en la mayoría de los casos, las transiciones están muy marcadas<sup>7</sup>:

La primera está constituida por la interpretación tipológica que hereda de la tradición: la esposa y el esposo son figura de la Iglesia y de Cristo respectivamente y apoyada en esta identificación se propone la interpretación de los otros personajes. La otra línea, en cambio, representa una gran novedad en la interpretación del Cantar, y que iba a tener mucho éxito: interpretando en sentido que los modernos llaman psicológico, sigue viendo en el esposo a Cristo pero en la esposa al alma que tiende a él. También aquí la interpretación de los demás personajes se propone en base a esto. Así tenemos una interpretación que podremos llamar de tono comunitario y otra, en cambio, de carácter individual; pero teniendo en cuenta que la salvación y la perfección de cada alma se realiza en la Iglesia y que no siempre es fácil diferenciar netamente los dos tipos de interpretación. San Bernardo se ayudó del Comentario de Orígenes, quien en *De principiis* (IV) estableció criterios de interpretación escriturística: interpretación literal como base de la interpretación espiritual, que con el método alegórico, intenta descubrir el significado más verdadero de la Escritura, el significado precisamente espiritual, del que el literal es imagen y símbolo. Así versículo por versículo (o en pequeños grupos) va avanzado en su interpretación. Sea aprecia en ambos distintas sensibilidades espirituales, mayor claridad ex-

---

<sup>7</sup> H. CROUZEL, *Orígenes. Un teólogo controvertido*, 175.



positiva en Orígenes, mayor profundización espiritual el san Bernardo y también:

El ritmo de Bernardo es más jadeante, su sensibilidad más hirviente. También cuando experimenta angustia o cuando habla experiencialmente. Orígenes tiene una serenidad más grave; su andar es más lento, digamos más pesado; salvo en raras ocasiones (y sin tener a mano el texto original) adivinamos rápidamente que él no se quema en absoluto en el mismo fuego<sup>8</sup>.

### 3. Comentario al orden del amor por san Bernardo<sup>9</sup>

El autor, al inicio, habla en primera persona, dirigiéndose a oyentes y lectores determinados: «A vosotros, hermanos míos, es necesario deciros otra cosa que a los demás, a los mundanos, o en todo caso en necesario decirlo de otra manera»<sup>10</sup>.

#### *San Bernardo busca adaptarse a todos:*

No son seculares a los que se dirige la enseñanza de la fe apostólica tal como deben conocerla, sino hombres espirituales, que exigen la doctrina espiritual. Son aquellos perfectos a los que, según san Pablo, debe hablarse sabiamente; hombres que habitualmente se ocupan, desde hace tiempo, de las realidades celestiales, hacen de ellas, día y noche, el objeto de sus meditaciones, en una palabra, son contemplativos<sup>11</sup>.

Al hablarles, sin embargo, a sus monjes es un contemplativo, pero tiene en mente que proceden de la cultura del amor cortés, ese amor de los caballeros a su dama, cantado por los trovadores, e idealizado. Por ello cómo no hablar del orden verdadero del amor: «El Cántico de los Cánticos es un discurso contemplativo, *theoricus sermo*, esta expresión de Bernardo se puede aplicar también a la predicación»<sup>12</sup>.

---

<sup>8</sup> H. DE LUBAC, *Esegesi medievale II*, 249.

<sup>9</sup> SAN BERNARDO DE CLARVAL, V. Sermones sobre el Cantar de los Cantares. Edición preparada por los monjes cistercienses de España. Ed. Bac, Madrid 1987, pp. 640-659 (el texto latino de la edición crítica curada por don Jean Leclercq y editada en Editions Cistercienses, Roma 1957-1977).

<sup>10</sup> *Serm. Super Cantica*, 1,1

<sup>11</sup> J. LECLERCQ, *San Bernardo. La vita*, 106.

<sup>12</sup> J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana. Iniciación a los autores monásticos medievales*, 19.

El contenido del Sermón 49 trata de la discreción como ayuda en el orden de la caridad (5), cómo debe anteponerse al juicio y a veces posponerse por exigencias de la caridad, de lo cual debe alegrarse para mayores beneficios de Dios y cómo avanzamos ordenadamente en la caridad (5-8). Parece que el Sermón 50, según el mismo lo narra (1) aconteció al día siguiente y sintiendo la necesidad de profundizar en lo dicho anteriormente, retomando el tema sobre el amor afectivo y el activo (2); de qué ley brota y porqué Dios manda imposibles (3); hay un amor afectivo que brota de la carne, otro que está dirigido por la razón, y otro que crea la sabiduría (4); sobre el orden invertido del amor actual (5); y la ordenación del amor afectivo, que saborea cada cosa como es (6-8).

El autor habla de la discreción, como moderación y equilibrio de la fuerza del amor, la humildad como auriga de las virtudes (ver 49,5). Y desea ser ordenado en el amor para cumplir primero sus obligaciones de estado:

Ojalá el Señor Jesús ordene en mí el poquito amor que me dio. Que me entregue con fervor a todo lo suyo, y ante todo cumpla perfectamente las obligaciones de mi estado y mis oficios. Ojalá dé la preferencia a esto y me interese cada vez menos en aquellos asuntos que no me incumben especialmente. No siempre lo que más me preocupa es lo que más debo amar; con frecuencia lo que más desazona es lo menos conveniente y, por tanto, menos debería afectarme. Muchas veces lo que debe anteponerse a todo, por ser obligatorio, tras examinarlo, se pospone; y lo que deberíamos preferir por exigirlo la verdad, el amor ordenado pide que lo abracemos con mayor cariño (49,7).

En esa línea de cercanía, apertura de corazón, realismo y experiencia espiritual les habla de la envidia por insignificancias que se da en la vida religiosa, y descubre un poco asustado la reacción de los oyentes: «Mas ¿por qué algunos de vosotros han hecho gestos de abatimiento al escuchar estas palabras? Esos profundos suspiros delatan tristeza de ánimo y desaliento de la conciencia» (49,7). La digresión se explica por la libertad que posee el autor, por una efusión del corazón que ama, o de la comunicación de la Palabra de Dios para la conversión del corazón, o de la búsqueda del propio camino, o de muchas otras formas de lo que, finalmente, es un diálogo vivo con Dios. Por eso no sigue una línea estructurada, sino que se abandona adonde lo lleva el divino soplo del Espíritu Santo<sup>13</sup>.

---

<sup>13</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Cultura y vida cristiana. Iniciación a los autores monásticos medievales*, 3. La cultura monástica. 3.2.3. La digresión.

Con claridad escolástica divide el amor en dos tipos: el efectivo (las obras) y al afectivo:

Hay un amor activo y otro afectivo. El que se manifiesta con las obras, fue impuesto a los hombres por la ley y mandado expresamente; pero ¿quién puede amar afectivamente conforme a la ley? El primer amor está preceptuado para merecer; el segundo se nos da como premio (50,2).

El amor afectivo los subdivide en tres tipos: que brota de la carne, otro que está dirigido por la razón, y otro que crea la sabiduría:

Del primero dice el Apóstol que no está ni puede estar sometido a la ley de Dios.

Del segundo declara que por ser bueno, es conforme a la ley de Dios; obviamente entre el que rechaza y el que admite algo, existe un gran abismo.

Pero el tercero dista mucho de los dos, porque saborea y gusta la bondad del Señor, eliminando al primero y premiando al segundo.

El primero es dulce, pero deshonesto; el segundo es seco, pero fuerte; el último desborda suavidad. El segundo es eficiente en obras y en él reside la caridad; no la afectiva, que sazónada sustanciosamente con la sal de la sabiduría reporta al espíritu la profusión de la dulzura del Señor, sino más bien la efectiva, que si no reconforta aún con la dulce suavidad de la afectiva, a menos es un amor que enciende ardientes deseos de poseerla (50, 4).

Ha ordenado en mí el amor y así el amor efectivo se mueve hacia lo inferior y el afectivo hacia lo superior: «El amor efectivo sigue su orden, tal como lo dispone el dueño, comenzando por los últimos, entrañable y justamente, sin favoritismos, sin valorar las cosas, sino las necesidades del hombre» (50, 5).

El amor afectivo se ordena a Dios, a uno mismo, al prójimo, y al enemigo que amamos para que pueda cambiar:

Llegarás a cierto grado del amor divino si amas al Señor tu Dios con todo el corazón, con toda el alma, con todas las fuerzas, sobrepasando con un amor más ardiente aquel otro en que actúa la caridad efectiva. Al recibirlo en la plenitud del Espíritu Santo, te abrasarás del todo, saboreando en verdad a Dios, pero no tal cual es, porque es imposible a cualquier criatura humana, a no ser dentro de tus posibilidades. Además te saborearás a ti mismo tal como eres, porque sentirás que tú no eres nadie para poder amarte, sino en cuanto eres todo de Dios: tu capacidad de amar la volcarás en él. Repito que te saborearás como eres, cuando por la experiencia misma del amor y de la afición que sientes hacia ti mismo, descubras que

nada tienes digno de tu amor, a no ser por aquel de quien lo recibes todo (50,6).

El verdadero amor es ordenado por Dios y se extiende a todo lo demás:

Dame un hombre que ame a Dios con todo su ser; a sí mismo y al prójimo en cuanto ama a Dios; a su enemigo, porque algún día quizá lo ame; a sus padres carnales con intenso amor natural, y a los espirituales y maestros más profusamente por la gracia (50,8).

Así, su recurso a estos escritores antiguos cristianos no parece forzado, ni artificial. Parece que no es un simple copiar, pero sí, aprovecha ciertamente la inspiración temática, con libre variaciones<sup>14</sup>.

La diferencia no está en la separación de diez siglos de estos dos personajes, sino más bien en la disparidad de ritmos de vida y de cultura que caracteriza a ambos. El alejandrino tiene muy presente al catequista que tiene que informar la fe los cristianos mostrándoles a Cristo, el Verbo, en la Escritura. La Esposa del Cantar será casi de continuo la misma Iglesia. Insiste muchas veces en la inteligencia espiritual de la Biblia. Bernardo ejercicio también una trascendental función en la Iglesia de su tiempo. Pero él es ante todo monje. Y manifiesta en estos sermones su gran preocupación como abad, de formar a sus hermanos en la vida monástica, siempre deseo de comunicar su experiencia de la contemplación en el amor. También para él, la Esposa se personificará en la Iglesia; pero la mayoría de las veces será la persona individual del monje, su elemento femenino, el alma (anima)<sup>15</sup>.

Así, para algunos, pueden estos sermones parecer una revuelta de divagaciones, ciertamente sublimes, pero desordenadas; pero la unidad se encuentra en la experiencia del autor (*expertus potest credere*), en su fervor, hasta parece que el texto bíblico es sólo un pretexto para impulsarle: «Aquellas que decimos son cosas divinas y del todo desconocidas a quien no ha hecho experiencia»<sup>16</sup>. A partir de 1138 su contemplación, en medio de graves preocupaciones, fue altísima. Sus relaciones con Cristo, siempre íntimas, se caracterizaron por especiales gracias extraordinarias y cada vez

---

<sup>14</sup> Cf. A. SIMÓN, *S. Bernardo e i Commenti al Cantico dei Cantici*, 13 (dispensa).

<sup>15</sup> J.M. DE LA TORRE, Introducción: Existencia cristiana, expresión estética en los Sermones sobre el Cantar de los Cantares, in *Obras Completas de San Bernardo V. Sermones sobre el Cantar de los Cantares*. Edición preparada por los monjes cistercienses de España. Bac, Madrid 1987, 74.

<sup>16</sup> Sermón 41, 3.

con mayor frecuencia, en forma de visitas. Estas visitaciones eran precedidas de largas contemplaciones<sup>17</sup>.

El conocimiento místico es un conocimiento amoroso, que procura gusto y gratificación: ella es una participación al conocimiento amoroso recíproco de las Personas divinas; participación que Cristo ha regalado a los Apóstoles y, por ellos a través de la Iglesia, a todas las almas santas. Bernardo no desea otra cosa que comunicar este tipo de conocimiento, o más exactamente, de disponerla en los espíritus y en los corazones. Es plenamente consciente que la experiencia mística no puede ser sino un don: recibirla, hablar, suscitara en otros en una obra del mismo Dios, no del hombre. Su finalidad no es clarificar problemas de carácter especulativo, sino de suscitar el pensamiento de la sobreabundancia de la ternura de Dios, y de conducir al amor del Esposo. En este género de elocuencia la digresión es legítima, pues ella proviene de la lógica del amor, que puede atraer el pensamiento.

El versículo: *ordinavit in me caritatem* actúa de inicio, enlace y repetición (siete veces). Cuatro vocablos son las más frecuentes para describir el fenómeno estudiado:

- *Affectus* y variantes (23 veces muy concentrado en 49, 5-6)
- el verbo *diligo* y variantes (22 veces concentrado altamente en 50, 6-7)
- *caritas* (16 veces)
- *amoris* (3 veces)

El autor va empleando a menudo el término *affectus* y variantes en el sentido de afecto, pero reservándole una significación más específica: designa sentimientos compuestos que siente el alma por Dios, por ejemplo, temor, esperanza, obediencia, honor, amor: «Entre otras muchas cargas graves y pésimas de los hombres que enumera el Apóstol, se cuenta ésta: Vivir sin entrañas (una referencia a san Pablo en su Epístola a los Romanos 1, 31): «Son detractores, enemigos de Dios, insolentes, arrogantes, vanidosos, hábiles para el mal, rebeldes con sus padres, insensatos, desleales, insensibles, despiadados». El *affectus* debe ser entendido como una visita, pues la iniciativa viene de Dios, y el alma es buscada, visitada, afectada; también como un abrirse del alma al misterio de Dios del que es penetrada. Es pues algo pasivo y activo, masculino y femenino. Estilísticamente existen varios juegos como *et amorem amoris illum* (50, 6).

---

<sup>17</sup> Cf. J. LECLERCQ, *San Bernardo. La vita*, 108-109; 145-146.

## Conclusiones

San Bernardo practica con predilección tres reglas en su lectio divina: no perder ni una iota de la Palabra, no multiplicar sin necesidad los sentidos; e iluminar la Palabra con la Palabra<sup>18</sup>:

1º Como en los Sermones 40-44, que mantienen una unidad temática, así los dos sermones, el 49 y el 50, mantienen una unidad fruto de querer recoger todos los pedacitos sin que se pierda nada (cf. Jn. 6, 12) y así agotar con fruición el tema.

2º La predilección del autor, por ampliar y diversificar el sentido, normalmente con una serie continua de términos, responde a una concepción dinámica de la espiritualidad, en la que hay un punto de partida, puntos de pasajes intermedio, y una meta de llegada. Esta manera de expresarse ofrece al oyente una amplia gama de sentidos, unificados interiormente, como camino hacia Cristo.

3º La clave del Cantar de los Cantares es la misma Palabra de Dios, pues sólo Cristo puede interpretar a Cristo. Así las referencias de la Sagrada Escritura forman un mosaico abundante (cincuenta y cinco) de las cuales 14 del Antiguo testamento (Salmos cinco veces); y la Carta a los Romanos (nueve citas). Cabe mencionar la repetición por tres veces del pasaje de la Epístola a los Filipenses 3, 13. Su mayor índice de concentración en 49,7; y 50,3 (siete citaciones).

La versión de la Sagrada Escritura que utilizó el autor es la Biblia de san Esteban Harding (1109). Este Abad, con el texto enmendado de Alcuino de York, sobre la Vulgata Vetus Latina de san Jerónimo (382), purificó la edición como lo explica en el *Monitum*<sup>19</sup>. Cabe señalar que el texto que comentaremos se mantiene igual en todas las versiones, también la de la Vulgata Clementinam (1592), pero cambia así en la Nova Vulgata del Vaticano (1979): *Introduxit me in cellam vinariam, et vexillum eius super me est caritas* (2,4). Sin embargo la edición de la *Vulgata Stuttgartensis* (1994) mantiene la traducción de antaño.

Inspirándose a san Pablo en su Epístola a los Efesios afirma que el Verbo experimenta por la Iglesia el amor peculiar de un Esposo. Su Encarnación es el beso puro del Verbo a la Iglesia, ese beso por el que suspiraron

---

<sup>18</sup> Cf. A. TAGLIAFICO, *Storia della Lectio divina*, APRA, Roma 2008, 11. Bernardo di Chiaravalle, 57-60.

<sup>19</sup> H. RICHARD, *Los manuscritos del Císter*. Introducción y notas de T. R. Pascual. Separata Revista Cist. Año L – abril-junio 1998, nº 211.

los justos del Antiguo Testamento; y así como Eva nació del costado de Adán, así del costado del nuevo Adán dormido en la Cruz, la Iglesia nace y a la vez es rescatada.

La síntesis es, pues, cristológica, de un extremo al otro. Todo es reconducido, constantemente, a Cristo. Cristo es modelo y principio de todas las actividades cristianas<sup>20</sup>; y el amor es el gran protagonista. Estos son los temas predilectos al que se refiere por doquier: el Verbo de Dios, el Esposo de la Iglesia y el amante del alma.

Saboreando la Palabra de Dios, en un contexto litúrgico vivencial, y llamados a nutrir el afecto hacia Jesucristo:

En su Comentario al Cantar, en cincuenta y siete ocasiones, sus pláticas terminan explícitamente con una solemne alabanza a Cristo Esposo de la Iglesia, de tintes litúrgicos, y así acabamos nosotros:

Jamás podrá ser excluido de la salvación quien imita al Salvador, Esposo de la Iglesia y Señor nuestro, Dios bendito por siempre. Amén. Porque tú eres el Poder y la Sabiduría de Dios, Cristo, el Esposo de la Iglesia, nuestro Señor, Dios bendito por siempre. Amén (Sermones 49 y 50).

---

<sup>20</sup> Cf. J. LECLERCQ, *Consideraciones Monásticas sobre Cristo en la Edad Media*, 201-202.